

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



- Amable autoridad ¿me haría el favor de decirme si voy bien para la calle de Lista?
- La calle de Lista, señorita, es esa que ha dejado usted atrás.
- Entonces me he pasado de Lista, ¡qué tonta!

Dib. REINOSO.



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

Bases para el Concurso de octubre

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remiten un igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

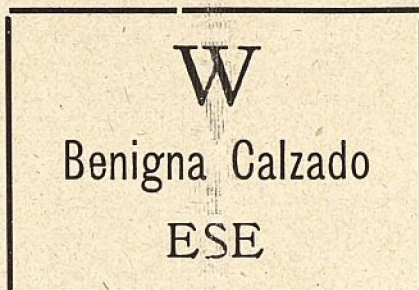
Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse nos reunidas antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el concurso de pasatiempos.*

Quarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de octubre insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará

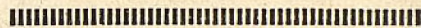
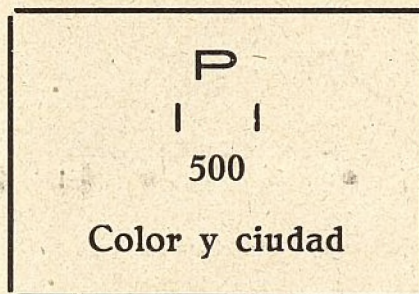
con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de noviembre se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

1.—Lo primero es el aseo



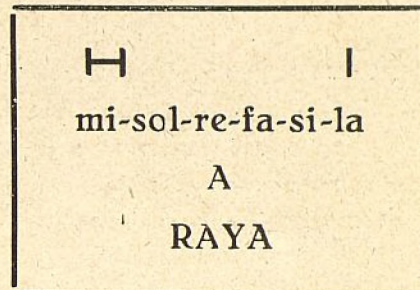
2.—Postre



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**



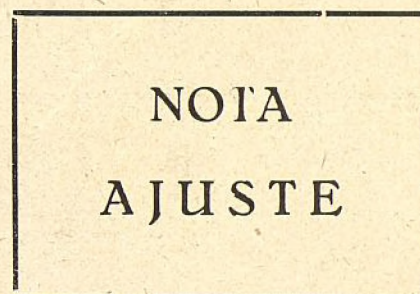
3.—Desertor



4.—Charada

No puedes llevar ese vestido; mira este segunda cuarta tan roto y el prima tercera cuarta de todo y además muy todo.

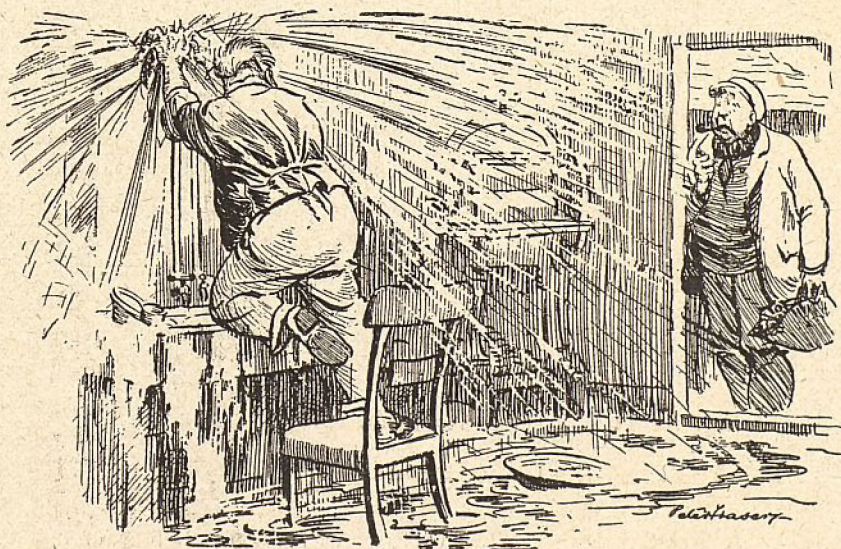
5.—Está «hablando»



6.—Charada

¡Qué chica prima segunda! Prima segunda tercera cuarta día más guapa.

—Sí, pero cuarta tercera cuarta bufido a los mozos que es fácil que se quede en la todo.



El fontanero.—Perdone usted, señor; ¿es ésta la casa donde me han avisado para arreglar algunas tuberías...?

De The Humorist.—Londres.

Cupón núm. 1

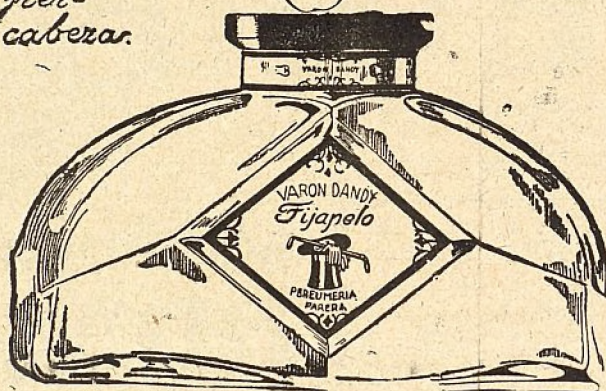
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre



*¡Todos; hairers extensible. elogio
del FIJAPELO Varon Dandy.
Creacion la más perfecta y de
buen tono para el fijado per-
manente que embellece la cabeza.*

**PERFUMERIA
PARERA**

Badalona



**BALL
VAL**

LA PAQUITA

NUEVA FABRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BÁLBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELEFONO 23-33 M

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

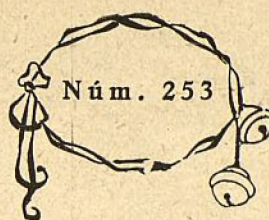
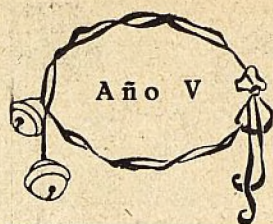
M A D R I D

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICION, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACEN: Plaza del Matute, 6.

Teléfono 50-05 M

Ayuntamiento de Madrid



A DOS DEDOS DE LA MUERTE



Yo me encontraba gravemente enfermo y, cual si estuviera leyendo un folletín francés, presentía un fatal desenlace.

La visita que aquella tarde me hizo el médico no fué muy halagüeña; me examinó detenidamente, tan detenidamente que aquello, más que un examen, parecía unas oposiciones a la Judicatura, y después de hacer un gesto de tristeza, sacó el recetario y escribió: "Un fétetro de un metro ochenta". Tendióme la mano y se fué sin decir palabra.

Me quedé solo en la alcoba, ya que mi tío Cesáreo, aprovechando una pequeña mejoría mía, se fué a la calle para encargarme la esquela de defunción y la corona mortuoria, y, como estaba muy aburrido, para entretenerme un poco me puse a hacer con la garganta un ruido especial y divertidísimo. En aquel momento regresaba mi tío y al oírme prorrumpió en llanto amargo.

Fué entonces cuando se abrió silenciosamente la puerta y vislumbré a la Muerte en el dintel. Yo ya la había visto anteriormente en el cine, pero me hubiera bastado contemplar la simbólica guadaña que traía enfundada en una tela de cretona para reconocerla. Al entrar, el pico enganchóse en el flexible de la luz.

La Muerte avanzó hasta los pies de mi cama y, de un brinco, subióse al edredón. Aquello me afectó mucho porque era magnífico y temí que me lo estropeará con su peso. Sin hablar palabra desenfundó su guadaña, sacóse una piedra del bolsillo del chaleco y se puso a afilar la hoja acerada y siniestra. En el silencio de la noche el ruido de la Muerte afilando su guadaña le hu-

biera erizado los pelos a un sifón. Al terminar, comenzó a pasármela alrededor de la cabeza con intención, sin duda, de espantarme las moscas.

Al llegar a este punto debo hacer una revelación que es imposible dilatar por más tiempo. Soy un hombre desconfiadísimo; es un defecto que me he reprochado siempre, y que me han reprochado aun más los amigos que me han pedido dinero. La presencia, pues, de la Muerte no pudo menos de tranquilizarme. ¿Qué buscaba en mi casa? ¿No comprendía que no es buena ocasión de visitar a uno en el curso de una enfermedad?

Fué ella misma la que me dió la solución con estas palabras:

—Vengo a que me entregues tu alma.

—¡Nunca!—repuse.

—Bien; no tengo prisa; esperaré a que cambies de opinión.

Y sacando una baraja se puso a hacer solitarios sobre la mesilla de noche. Así estuvo durante un gran rato. Pero al amanecer debió cansarse y nuevamente colocóse sobre el edredón. Después de algún tiempo bostezó y, sin duda para combatir el aburrimiento, comenzó con la guadaña a cortarse los callos.

Amanecía y una luz gris tiñó el aposento. La Muerte no llevaba camino de marcharse; antes al contrario, había destapado una tartera que llevaba atada de un bramante a la guadaña y disponíase a tomar un refrigerio. Renació en mí el hombre desconfiado y la dije:

—Consiento en entregarte el alma; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me des recibo.

—¡Recibo!

—Sí; recibo. Un alma no se entrega así como así y al primero que llega. Yo no le conozco a usted; es la primera vez que le veo. No es que me inspire desconfianza, pero... así a un desconocido...

—Imposible. Si por cada alma que me entregaran tuviera que dar recibo no ganaría para sellos móviles.

—Pues sin recibo no entrego nada, ¡ni el alma!

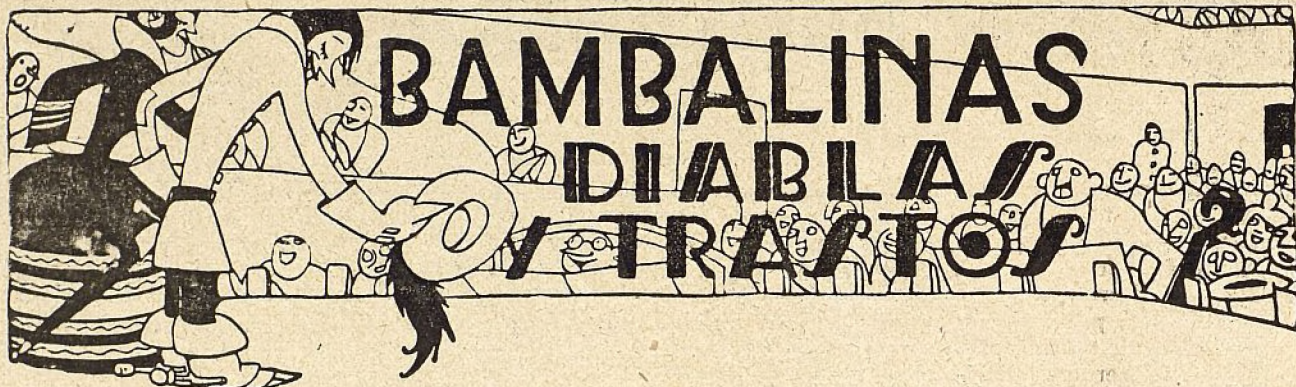
—Entonces, adiós.

Llamé a mi tío Cesáreo para que la acompañase hasta el recibimiento. Al salir, no sé cómo, los pliegues de la túnica se engancharon entre el astil de la guadaña, y la Muerte cayó al suelo. Por un milagro no se hirió con la acerada hoja en la cabeza.

—¡Para haberme matado!—dijo levantándose.

Después salió del aposento. Se debía haber asustado mucho, porque iba terriblemente pálida.—MANUEL LAZARO





La Dramaturgia en relación con la Partida de Bautismo

La compañía Melá-Cibrián inició una serie de estrenos de esta temporada con la obra *En Aragón hi nacido*, original de los señores Arniches y Marín, este último nacido en Aragón y el otro en otro sitio.

Hay una copla que dice:

*No sé dónde habrás nacido
pero si no ti han criado
¡ti has lucido!*

No es, de ninguna manera, aplicable la tal copla a la comedia mencionada; pero nosotros la citamos porque el acuntito este del punto de origen, llevado a las comedias puede traer perturbaciones de orden diplomático.

Estas obras que llevan consigo un argumento mixto de geografía y de obstetricia, pretenden convencer, como sabemos, de que los que nacen en

tal o cual región son la flor y la nata —la mejor flor y la mejor nata— del globo. El que ha nacido en Logroño —verbigracia— tiene que ser noble a la fuerza y si no es noble en el acto primero lo será al final del último.

*La vergüenza va por barrios
y la virtud por regiones*

que dice la copla...

Determinadas regiones han logrado capturar la virtud, aprovechando el paso de ella por su digno y acaparador territorio. Nos parece legítimo; y no sólo legítimo, sino enaltecedor.

Aragón, en efecto, viene siendo desde antiguo una de las zonas territoriales que más se han distinguido en esa propiedad monopolizadora de virtudes. Tanto, que no se contentó con limitar su monopolio a los habitantes morta-

les y a la nación propia, sino que amplió el monopolio y lo extendió al dominio internacional y a las regiones celestes:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa.*

Aragón, pues —así en la tierra como en los cielos—; no hay más allá; porque hasta en el más allá prefieren ser de Aragón a ser de cualquier otra parte.

Madrid también tiene lo suyo en esto de provincia escogida. No hace muchos meses veíamos —y oíamos— una obra en la que todo se arreglaba en este mundo gracias a una madrileña y en donde un yanqui cometía varias torpezas hasta que la madrileña le cogía por su cuenta y le decía, sobre poco más o menos: "Pues claro, señor... ¿qué sentimientos vas a tener tú si eres de la tierra de los choriceros; hay que haber nacido en Madrid *pa* tener un corazón más grande que una casa"... etc., etc.

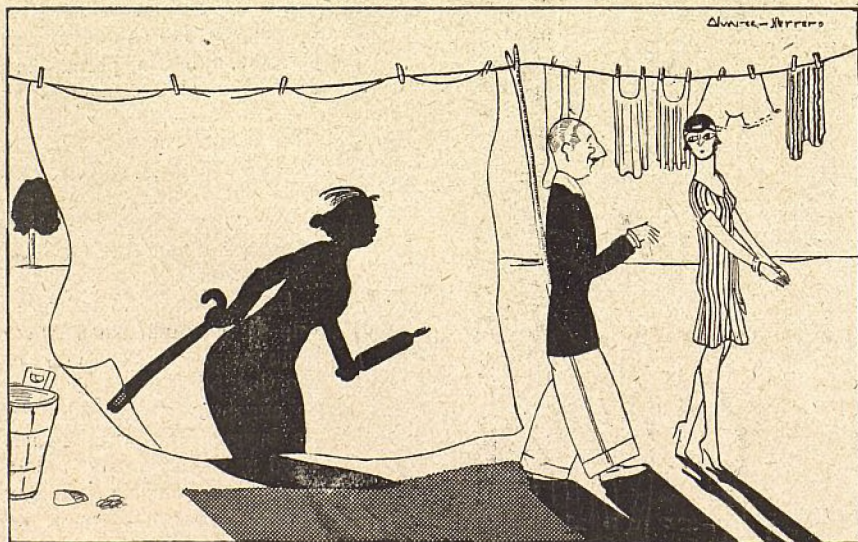
Y esta no era una excepción. Ya conocen ustedes el cantable:

*Las hijas de Madrid
todas son así.*

Las hijas y los hijos, por supuesto. Si lo sabremos nosotros y estaremos requeteconformes con eso, puesto que somos madrileños. ¡Ya lo creo! Somos "así" y ¡tan "así"!; pues ¡no faltaba otra cosa!...

Pero no dejamos de comprender que es un peligro decirlo. Debemos disimular, porque van, de lo contrario, a protestar las naciones extranjeras y vamos a tener que ir a representar las comedias a la Sociedad de Naciones para que allí decidan, a ver que va a ser esto.

Guadalajara pretenderá ser una tierra privilegiada, como Cangas de Tineo; y nos mandará Cangas una obra



Dib. ALVAREZ HERRERA.—Madrid.

El.—¡Al fin solos!

Ella.—Ten cuidado, Manolo, que hay ropa tendida...

y Guadalajara la réplica y ¡ayúdenme a sentir!..., todos los pueblos y todas las naciones levantarán de cada parto un acta en tres actos o más, para demostrar ante el mundo que pueeros a par'r canela, allá se van Checoesio-vaquia y Astorga.

La competencia será horrible.

Ya hemos visto que Aragón, para ponerse en condiciones de campeonato, ha comenzado a protestar de la Dolores. Una criaturita que pueda haber tenido un pero—aunque el pero sea manzana, y una manzana tan exuberante y generosa como la sudicha—, no puede haber nacido en Aragón. Y ya verán ustedes como, en cuanto averigüemos que Colón ha sido gallego, se abre un concurso para averiguar y demostrar que la Dolores no fué de ningún lado y Colón, en cambio, de todos.

Porque llegará un día en que ¡claro! habrá quien pretenda solucionar el conflicto queriendo haber nacido en todas partes. Los hay ambiciosos y tratarán de acaparar todas las matrices geográficas, de batir el record del parto.

La Argentinita canta a veces una de esas canciones que pudiéramos llamar autobiográficas, en donde una "castiza" nat'va, puesta a escoger lugar de nacimiento, nace varias veces:

*Nací en las Vistillas,
nací en Chamberí;
nací en Barrios Bajos.
¡Tres veces nací!*

Pero no es esto lo malo: lo malo será el insulto regional que ha de sobreenir como consecuencia forzosa.

Lo mismo que ahora decir "aragonés" equivale a decir "Non plus ultra", mañana, y por derivación indispensable, decir "no aragonés" equivaldrá a decir "ta d'hay probeza"...

Ya saben ustedes aquello de Salvador María Granés: hablaba de cierta persona a quien quería poner verde y comenzaba describiéndole en un verso que decía:

Catalán, mal educado...

Si algu'en, al repetirlo, suprimía la coma de catalán y decía:

Catalán mal educado

Granés protestaba en el acto: ¡No, no!—gritaba—no es así: son dos insultos y no uno: catalán: un insulto; coma; y luego, el otro...

Claro... Está visto... "Catalán" elogio, traerlo lo de "catalán" insulto... Inevitable.

Ya Marquina procuró salir al paso



Dib. CASERO —Madrid.

LA HORA DEL BAÑO

—¿Te echo ya la ducha?

—Bueno; pero me f'guero que habrás limpiado el cacharro, porque ayer me echaste todo el gazpacho que sobró al mediodía.

de los conflictos, que sin duda veía venir sobre nosotros por este camino y procuró dar extensión nacional al argumento:

España y yo somos "así", señora.

No eran "así" solamente las hijas de Madrid o los nobles hijos de Murcia; era "así" toda España. ¡Menos mal!

Pero mal de todos modos. El con-

flicto por este camino es inminente. Y sería lástima de veras que ahora que todo va tan bien y que la opinión toda está tan satisfecha de ver cómo marcha España, lo echáramos a perder y se rompiera el equilibrio por si la marcha es de Cádiz o de Aragón o de cualquier otra provincia. Es pasodoble, y ¡basta!...

MANUEL ABRIL

LAS GRANDES FIGURAS DE LA DELINCUENCIA

El misterioso crimen del año pasado

El suceso conmovió a la opinión pública...

Por supuesto, todos los sucesos conmueven a la opinión pública; esto se asegura siempre que ocurre un suceso, y, cuando se asegura tantas veces, es que debe de ser verdad...

Pero bueno, este suceso a que nos referimos la conmovió más que ninguno, y lo digo yo, y creo que con esto basta para que ustedes no lo duden ni un momento. Quedamos, pues, en que el suceso conmovió a la opinión pública, pero de verdad, sin bromas ni tonterías. ¡La conmovió sin discusión! ¡Lo juro por la salud de la madre de cualquier sujeto que la tenga viva todavía!

Tenía el suceso, ciertamente, todas las condiciones para conmovérsela: era misterioso, terrorífico, sanguinolento, original; acaeció en el centro de la ciudad y a primera hora de la noche, en ese momento inefable en que los escaparates brillan más que nunca y los guardias de la porra hacen culminar su prestigio; y nadie pudo presentir que iba a suceder, ni mucho menos ver que sucedía, ni muchísimo menos evitar que sucediera. Fué un drama sin espectadores, como los que se representaban hace un mes en el teatro Pardiñas, aunque en este caso la gen-

te hubiera dado muy a gusto su dinero por presenciarlo con todos los detalles de su interesante argumento.

El caso (el triste caso) o la cosa (la horrorosa cosa) fué que en una de las más populosas calles de la capital apareció de pronto un cadáver, sin que nadie se diese cuenta de cómo había llegado hasta allí. Un transeúnte tropezó con el cuerpo inerte y, cuando iba a insultarle por no llevar su mano, se percató de que estaba hablando con un difunto y demostró su extrañeza con un grito gutural. Se formó el grupo compacto y estupefacto de curiosos que se forma en tales casos y comenzaron las conjeturas. Llegó la policía, llegaron los periodistas, llegó el juez, llegaron las doce y media de la noche y nadie sabía nada, excepto el muerto, suponiendo que el muerto lo supiera, que es mucho decir; y el encanto del misterio tendió su espléndido velo sobre el suceso incongruente.

Desde luego, era un crimen.

El cadáver era elegantísimo, robusto, esbelto, distinguido, armónico de proporciones y simpático de rostro: una preciosidad de cadáver en suma. Tenía una herida de arma de fuego en la cabeza, que pronto se vió que había sido hecha con un arma de

buena firma, con una pistola de esas que sólo pueden comprar las personas pudientes y de buen gusto. Por tanto, la herida era también de lo más selecto de la clase: una herida *chic*, una herida *bien*, lo mejor que se ve en heridas por el mundo. En los bolsillos del muerto se encontró una cartera de piel de Rusia, de última moda, de esta piel de Rusia que hace años se dijo que procedía de los nihilistas, a los que se la sacaban a tiras, y que ahora, desde que mandan los bolcheviques, se dice que se obtiene de los grandes duques, por el mismo procedimiento industrial. Y dentro de la cartera fueron halladas cuatro mil pesetas en billetes, dos butacas de la Comedia, también en billetes, y una tarjeta con las señas de un famosísimo político izquierdista del antiguo régimen, que, desde luego, no era el muerto, porque todo el mundo sabe que es y será un vivo hasta la consumación y completo desgaste de los siglos.

La absoluta ausencia de documentos de identidad sumió a la policía y a la justicia en una estupefacción desesperada. El elegante cadáver no llevaba cédula, y, seguramente, no la había sacado, lo cual era una prueba de la distinción, de la exquisitez y del buen gusto que le habían adornado en vida. Expuesto en el Depósito judicial no hubo nadie que se presentase para identificarlo, salvo algunos curiosos, entre los cuales opinaron unos cuantos que no era difícil la identificación si le hubieran conocido, porque estaba poco desfigurado, razonamiento que impugnaron otros, sosteniendo que se le notaba que había perdido mucho, a cuya opinión nos sumamos, porque un hombre que pierde la vida no hay manera de que pueda perder más.

La autopsia insistió en que había habido crimen. La herida era alevosa y, desde luego, imposible de que el propio interesado se la hubiese inferido, con lo cual se demostró que se la había inferido el otro interesado, o sea el interesado en que éste se fuese al otro mundo por el camino más corto.... Ahora bien, ¿cómo se la infirió el otro para que los doctores infirieran que se la había inferido?



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—¿Para qué quiere usted que toquen algo sentimental?

—Para ver si se enternece este his+ú.

¡Aquí estaba el lío, aquí estaba lo gordo y aquí estaba el misterio!... Nosotros, que hemos pretendido matar a mucha gente que nos estorba, no lo hemos podido hacer nunca en una calle concurrida, de siete a ocho de la noche y sin que nadie se fijase, y por eso no lo hemos hecho; y creemos firmemente que lo mismo les habrá ocurrido a muchos de nuestros lectores que hayan pensado en la conveniencia de apiolar a un colega en esas condiciones... Es muy difícil hacerlo, señores, digámoslo por triste experiencia, porque puede muy bien suceder que no lo vea un guardia (es casi seguro que no lo vea), pero nadie es capaz de afirmar que no lo verá un conductor de tranvía o un vendedor de gomas para los paraguas o un barrendero noble y leal o un sacerdote heroico y coronado o un poeta que esté vagando por la calle, en lugar de estar vagando por otra parte o de estar vagando en su domicilio, que es su misión transcendental en este mundo...

Y, sin embargo, en este caso que lamentamos, no lo había visto nadie. Un empedernido criminal, ante los miles de narices de una muchedumbre espesa y sudorosa, había podido confeccionar un cadáver sin que un sólo individuo le interrumpiese en su tarea nefanda. De nada sirvió que la Prensa protestase de la falta de seguridad de los transeúntes en las calles y que advirtiese con alarma el movimiento de emulación que entre los asesinos científicos iba a producir el éxito de este misterioso cacharrazo. Un periódico, en el colmo de la indignación al ver que no era capturado el asesino, llegó a preguntar: ¿no hay un solo policía celoso?, y únicamente, logró que le escribieran una carta varios funcionarios diciendo que no podía haber un policía celoso por la sencilla razón de que todos tenían unas esposas absolutamente serias, fieles y formales hasta la exageración. Otro periódico cometió una tremenda inexactitud al afirmar lo siguiente: *en Madrid se comete un asesinato y no queda ni rastro*, cosa que ustedes y yo sabemos que no puede ser, porque para que en Madrid no quede rastro, no basta con cometer un crimen, sino que hay que acometer la reforma de la Ribera de Curtidores y el derribo de las Américas, única forma viable de que el Rastro desaparezca. Y un tercer periódico se puso en eviden-

cia, atribuyendo el crimen a una banda organizada, error crasísimo en estos tiempos en que el único delito que cometen las bandas es tocar el pasodoble de *La Calesera*; y, para fortuna suya, ya empiezan a arrepentirse.

Reconozcamos, como es nuestra obligación, que el misterioso asesinato estaba más duro de pelar que la barba de Valle-Inclán, sin embargo de lo cual la policía se puso en movimiento con la esperanza de que habría un cabo suelto al que agarrarse para encontrar todos los hilos de

la trama. Pronto comprendieron los nobles agentes que, como no se agarrasen a un cabo de Wad-Ras, perdían el tiempo, y ni que decir tiene que agarrándose a este cabo lo perdían también, suponiendo que el cabo dejase que le agarraran sin motivo ni fundamento, que es una estupidez suponerlo.

Y la policía comenzó a desesperar. Afortunadamente, no desesperó toda ella. Hubo un genial inspector, algo detective y bastante manchego, que, cuando ya andaba loco todo el mundo, realizó un descubrimiento sen-



Dib. BLUFF.—Madrid.

—¡Dios le conserve la vista, caballero!

sacional: averiguó quién era la víctima. Y, aunque lo que quería saber la opinión pública es quién era el asesino, no por eso dejó de estimar el descubrimiento en todo lo que valía.

La víctima, según los informes del Holmes de referencia, era un pollo exageradamente *pera*, huérfano de madre, de veinticinco años de edad, conocidísimo en varios *cabarets* y que vivía (cuando vivía) en un entresuelo del barrio de Salamanca. Se llamaba Hipólito Mendoza, aunque sus amigos, siguiendo la moda, le quitaron el Hi y le dejaron en Polito, atropello que completó el asesino quitándole el Hipo y dejándole en nada.

Conocidos los antecedentes de la víctima, fué ya tarea más sencilla buscar una pista. Llamados a declarar todos los compañeros de *juerga* del infeliz Hipólito, comenzaron por abrir la boca, pero no para decir nada interesante sino de asombro de que el asesinado fuese su amigo. Un profesor de charleston, natural de Granollers, llegó a expresar su incredulidad en forma un poco festiva e irrespetuosa y esto bastó para que recayesen sobre él unas vehementísimas sospechas de que tuviera algo que ver en el inmundado fregado. Pudo sin embargo demostrar fácilmente que, en el momento del crimen, se encontraba en la biblioteca de un casino aristocrático, leyendo una novela de don Ricardo León, y aunque mucha gen-

te pensó que esto era todavía un desafuero mayor que el haber matado a Hipólito, el juez le puso en libertad lamentando no poder castigarle lo otro.

Pero bien, preguntarán ustedes, ¿quién había matado a Hipólito?

Por desgracia nadie. Y decimos que nadie porque Hipólito apareció a los dos días de esto, completamente vivo, de regreso de un viaje por las inmediaciones de Cuenca. Y decimos que por desgracia, porque Hipólito resultó un imbécil que no merecía haber aparecido vivo de ninguna manera.

El hábil *detective* enfermó del disgusto y la opinión pública empezó a gastar chungas a costa del ilustre enfermo. Pero como ya se hizo cuestión de honor entre los compañeros el averiguar quién era la víctima del espantoso asesinato, surgieron una infinidad de sabuesos dispuestos a todo con tal de dar con la clave del desmesurado enigma. A los dos meses parecía seguro que el muerto era un joven jerezano desaparecido del hogar paterno, en unión de unos miles de pesetas que se llevó para entretenerse en el viaje. A los dos meses y medio se pensó que la víctima era un diplomático nicaragüense del cual hacía un año que no tenía noticias Nicaragua, ni su padre ni nadie. A los tres meses, los indicios permitieron afirmar que el asesinado era un actor francés que había llegado a Madrid huyendo

del público parisiense, de la baja del franco y del alza de cierto garrote de un esposo ofendido. A los cuatro meses se reputó como lo más verosímil que el muerto era un bolsista del Puente de Vallecas. Y al medio año de pesquisas se vino a sacar en consecuencia que el misterioso cadáver únicamente podía ser el de un tal Paulino Capdevila, elegante árbitro de fútbol, que había salido de su casa una mañana a comprar una cajetilla de a cincuenta y esta es la hora en que no había vuelto, como le pasó a Mateotti, si bien Paulino Capdevila pudo haberla diñado sencillamente de resultados de fumar-se la compra sin reflexionar en lo que podía ocurrirle.

Resumen: que, gracias a los desvelos de unos cuantos esforzados esbirros, estuvo a punto de haberse sabido (aunque no se supo) quién era la víctima del tremebundo y misterioso crimen que conmovió a la opinión pública.

Pero lo que no pudo saberse jamás es quién fué el matador.

Con dolor, con indignación, con vergüenza lo decimos, lamentando que nuestros lectores hayan tenido que echarse al colete todo este artículo para que al final nosotros nos salgamos con esas.

Pero como la verdad es que no se consiguió saber nunca quién había sido el asesino de aquel desgraciado socio que tampoco hubo forma de averiguar quién era, nosotros no podemos decir una cosa por otra, porque seríamos unos viles embusteros y unos inmundos mixtificadores de la realidad.

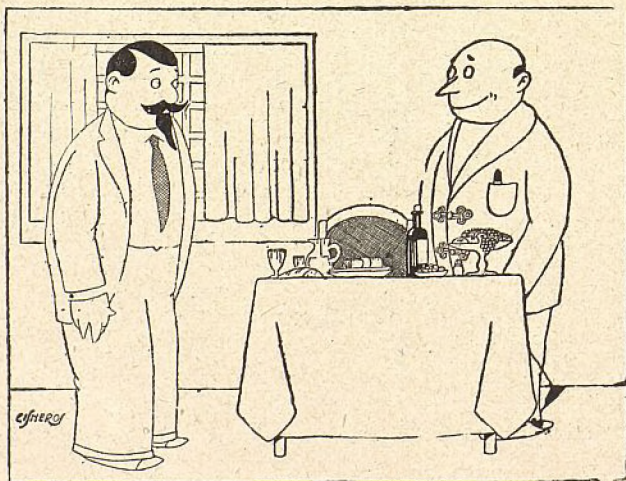
Este es el humorismo moderno, señores... Cuando no pasa nada, no se dice nada... Y cuando no hay nada que decir, aunque lo lógico sería no escribir un artículo, lo bonito es escribirle... Esto es lo que viene haciendo don Eugenio d'Ors, sin que nadie se ofenda, y nosotros hemos creído que no debíamos ser menos, ni mucho menos muchísimo menos...

Y como si nosotros no lo hiciéramos, seríamos, en efecto, muchísimo menos, o por lo menos bastante menos que don Eugenio, lo hemos hecho y en paz.

¿Que ahora resulta que, a pesar de todo, esta monserga les ha hecho a ustedes gracia?

¡Es que son ustedes muy amables, caramba!

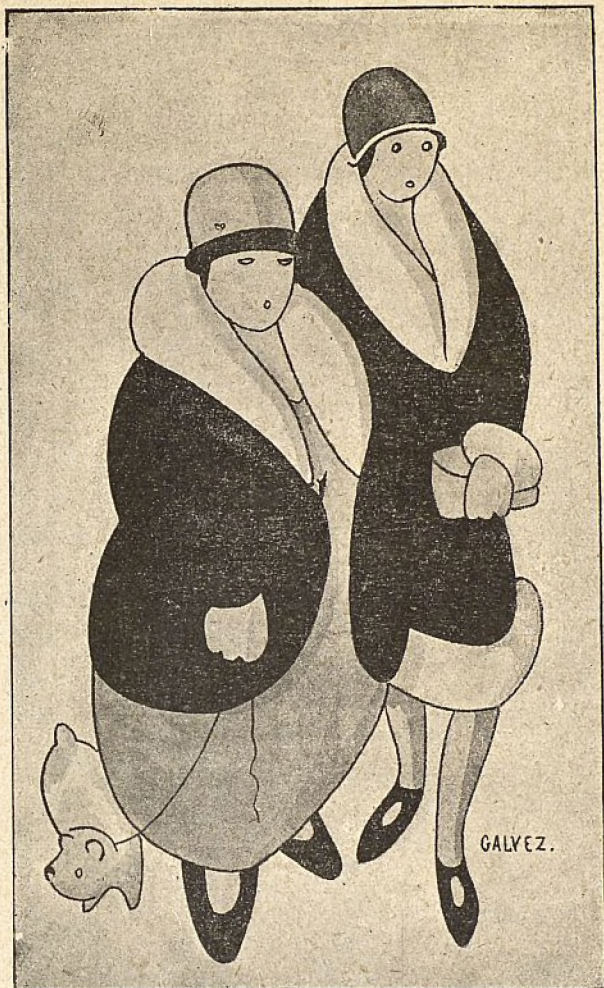
ERNESTO POLO



D.B. CISNEROS. — Madrid.

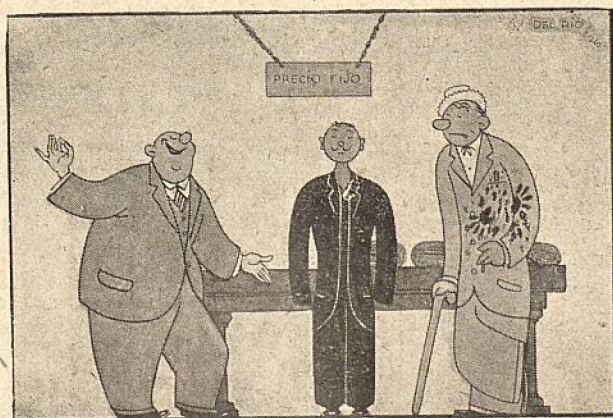
—¿Llego a tiempo?
—¡Caramba, don Homobono, viene usted de perilla!

NOCHE AMARGA



Dib. GÁLVEZ. —Granada

—¡Hija mía, no cantes esta noche! ¡Si te oye tu prometido tendré que aumentarte la dote!



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

—Desearía un traje de lo más negro que tengan.
—¿Está usted de luto, señor?
—No; es que me han regalado una estilográfica.

Olvidaría no puedo... Sus palabras
retienen mi memoria
con empeño tenaz... En vano lucho
con resistencia heroica
por olvidar los falsos juramentos
de su carmínea boca
(cuyo carmín costábame los cuartos
en la perfumería esa de Urquiola),
y por no recordar de aquellos ojos
la llama del amor abrasadora.
Rememoro sus besos, sus halagos,
sus amantes zozobras,
sus promesas, henchidas de cariño
e hinchadas de palabras voluptuosas:
—¡A nadie, como a ti, quise en el mundo!
¡Sin tu amor, la existencia es una droga!
¡Lejos de ti, mi vida es tan inútil
y tan ingrata cual la de una ostra!
¡El día que me olvides, me he caído!
¡Moriré de dolor, si me abandonas!...
¡Yo quisiera borrar de mi pasado
la vergonzosa historia
y mostrarme a tus ojos casta y pura
en lugar de ser sólo Casta Iborra!—
Eso me dijo, y anegada en llanto
prosiguió: —¡Tú eres bueno y me perdonas!
Me perdonas, ¿verdad?... Y yo te adoro
lo mismo que se adora
la imagen de Jesús... Soy Magdalena
que contrita se postra
para besar tus pies, mientras tus labios
consuelan el dolor que la destroza...
¡Tu cariño quizás me purifique!
¡El amor quita manchas que deshonoran!

.....
Tanta sinceridad puso en su acento
que la creí como un completo idiota
sin sospechar que sus dolientes frases
pudieran ser, como función de pólvora,
ruido y humo no más... Desde aquel día
la quise con pasión, con ansia loca...
La vi tan triste que, con noble impulso,
procuré a toda costa
levantarla del barro y tomé en serio
la misión redentora
que me impuso el amor... ¡Todo fué en vano!
¡Hoy, liviana y ta'mada, me abandona!...
¡¡Noche amarga en verdad!!... Es la primera
que paso aquí, con mi pesar a solas,
después que a esa mujer he conocido,
¡a esa mujer que el juicio me trastorna!...
Y sin ella, ¿qué haré? ¡Grave problema!
¿Dónde podré hallar otra
que llene este vacío que ha dejado
en mi alma esa cruel fascinadora?
¡Me dejó sin su amor, que era mi vida!
¡Se llevó mi alegría la bribona!!
¡¡Y, además, se llevó dos mil pesetas
que había en el armario de la alcoba!!!...

PERANZULEZ

¡¡ PAJARO !!

(Cuento anecdótico)

Fuerza es contárselo: no todo son ni han sido flores en Andalucía. Y, si no, ahí está para cuando queráis visitarla, la villa de Los Panales, que en lo tocante a cielo limpio arriba y tierra morena abajo, se lleva la prez del Mundo, pero si algún forastero tiene la malhadada ocurrencia de presentarse allí tocado con un bombín o sombrero hongo, pasa las duceas del pregonado.

¿Que qué ocurre? Pues que en cuanto le ven, algún lanza la voz de ¡pájaro!, se congrega a su alrededor la chiquillería retozona y lo sigue y lo persigue por donde quiera que va, silbándolo, y hasta apedreándolo si se pone tonto er tío der bombín.

Tienen los chiquillos una vieja cantinela muy particular para el caso, que chillan a coro:

"Er de la bimba,
er der bombín,
se pone un futre
y un livitín."

Allí no se comprende que lleve bastón más que el médico, de ordinario, y el Alcalde, en Semana Santa, detrás de la urna del Santo Entierro en procesión. Corbata, nadie; guantes... ¡no hablemos de eso!; y excusamos decirnos que si váis a los Panales, luciendo pantalón chanchullo, entallada chaquetita de punto y llevais ¡del brazo! a una dama pelada a lo garcón, os habéis caído.

Bueno; pues allá por los años pestereros del siglo pasado, cayó en Sevilla un tal Mister Dright, sabio arqueólogo londinense ávido de estudiar y admirar los monumentos romanos de la Andalucía. Era un tipo alto, que se perdía de vista, estirado, rígido, escuálido, rubio pajizo, serio y parsimonioso.

Ya en Sevilla llamó la atención, aunque no se sabe que le tiraran nada.

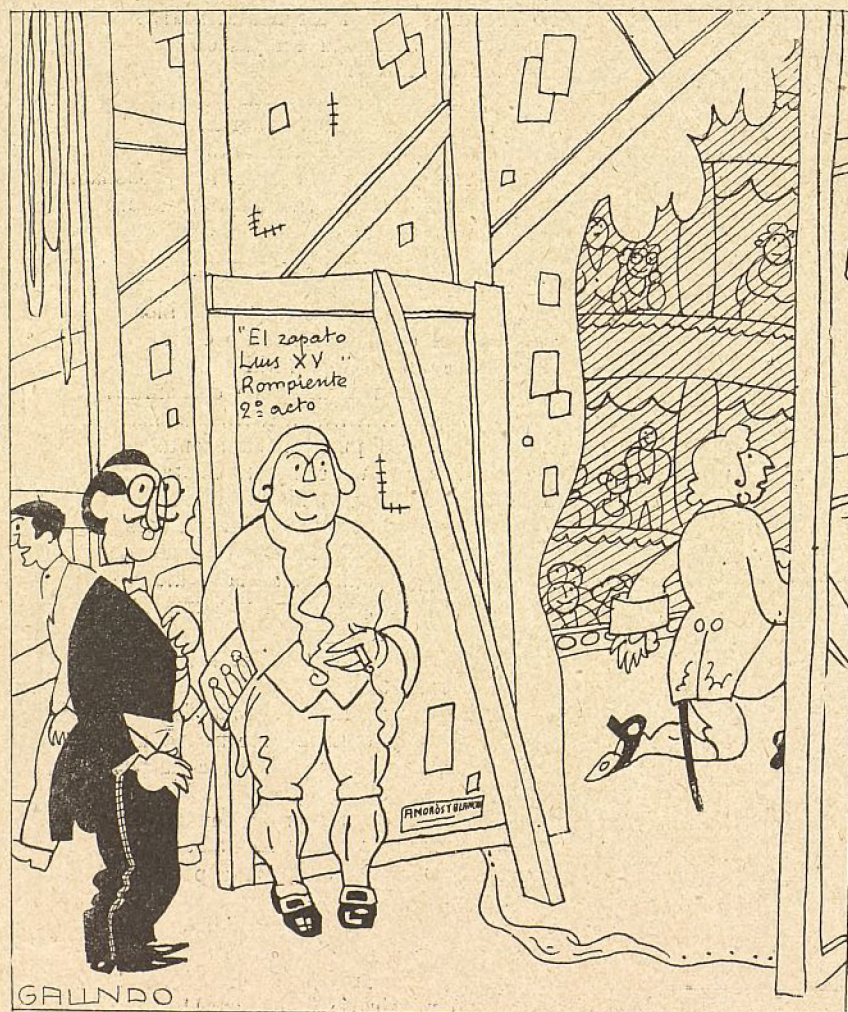
Los académicos sevillanos lleváronlo y trajéronlo de Santiponce a Carmona, de Carmona a Ecija, de Ecija a Mérida... y cuando ya el buen sabio había visto todo lo que le interesaba y poseía un arsenal de apuntes, fotografías, piedras, mosaicos y monedas, alguien, algún académico guasón, le indicó que debía hacer una visita a Los Panales donde vería hermosos restos de la romana civilización: unas murallas, un poquito de un acueducto, unos cachitos de columnas de un templo a Marte, vestigios de un anfiteatro, y unas terrillas a medio descubrir.

Nada de esto había en Los Panales; ¿qué había de haber? Lo que quería el arqueologuillo sevillano era ver lo que pasaba cuando se presentara en aquel pueblo Mister Dright.

Y era un hermoso día de primavera.

Mister Dright tomó en Sevilla la diligencia para el repetido pueblo y a las cuatro horas se apeaba en la plaza de la Constitución de Los Panales de aquesta guisa: ¡Salacot!, ¡monóculo!, ¡gemelos en bandolera!, ¡máquina-fotográfica!, ¡zapatos de alpinista!, ¡pantalón corto!, ¡pantorrillas enfundadas en unas tiras de paño!, ¡un bastón!, ¡chaquet! y ¡su buena y enorme corbata chalina azul celeste!

El primero que lo vió fué un chava.



Dib. GALINDO.—Madrid

—¡Bueno! Este Ramírez trabaja estupendamente ¡Borda los papeles!

—Como que se ha pasado la vida entre bastidores.

de la piel del Demonio, que al querer lanzar la voz de ¡pájaro!, gargalizó con la mitad de la palabra— ¡¡pajapajaparajáparo!!—tal fué su inmensa estupefacción al ver *aquello*; pero cuatro desocupadas comadres que en la calle había, dieron un grito de espanto; el médico que por casualidad pasaba, al ver al forastero aligeró su marcha y se metió por una calleja, murmurando: ¡Dios mío de mi alma, lo que va a pasar aquí!... Y lo que pasó fué que a los dos minutos, Mister Dright estaba rodeado de toda la chiquillería y aun mozalbetería de Los Panales que, mirándolo y remirándolo, se reían de él a carcajadas limpias y sonoras.

Un poco *acharado*, Mister Dright rompió el cerco, empezó a andar y allí fué ella.

—¡Tera mare, que tío más chaveta!

—¡Déjalo nene que te va a mordé!

—¡Un loco! ¡Un loco!

—¡Un sacamuelas!

—¡Un fontógrafo, nene!

—¿Que fontógrafo ni que ná? ¿No estás viéndole las patas? ¡Es un cigüeño!

¡Valiente sombrero, tú! ¡Si es una palangana!

—¡Dáale ahí!

—¡Tiene un ojo reondo!

—¡¡Pájaro!! ¡¡Pájaro!!

—¡Duro con él!

Y empezaron las pedradas. Mister Dright, apretó el paso... Ya le seguía medio pueblo. Se volvió, dijo unas frases en inglés y la plebe quedó un momento atemorizada.

Pero alguien gritó:

—¡Liarse con é que es un fantasma!

Y se generalizó la pedrea de tal forma que Mister Dright con todo su sacacot y sus gemelos y sus pantalones cortos y su monóculo, no tuvo más remedio que huir descaramamente.

Y huyó, corrió, perseguido, acosado... Hasta que por su mala suerte se metió en un callejón sin salida.

La turba avanzaba impetuosa...

¿Iba a morir?

Pero un zapatero que en la esquina del callejón vivía y lo había visto entrar desolado y desalado en aquella especie de ratonera, interceptó con los brazos abiertos el paso del callejón y gritó a la multitud:

—¡Dejarlo! ¡Callarse! ¡No tirarle piedras! ¡A vé si lo cogemos vivo!

PEDRO PEREZ FERNANDEZ.



Dib. TIKET.—Madrid.

El radioescucha furibundo.—¡Desde que sé que se hace médica este año, me trae loco esta chica!

—¡Exageras!

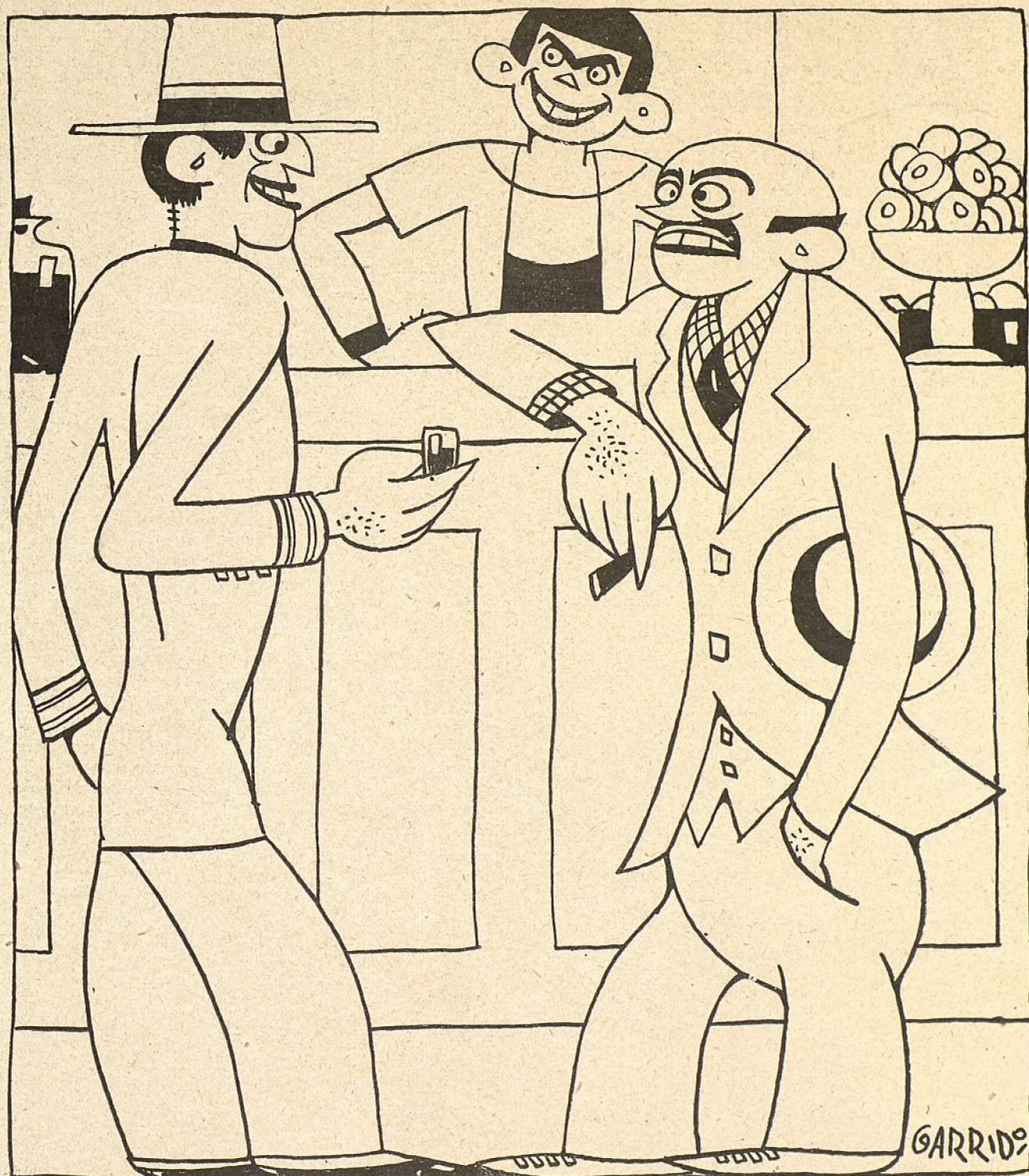
—¡Palabra! Va a ser una galena estupenda.



Dib. SAMA.—Madrid.

—Oye, mamá, ¿por qué todos los reyes de España llevan nombre de acorazados?

Ayuntamiento de Madrid



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Ya ve usted. Mi niño no ha toreado más que dos corridas y ya tiene tres orejas.
 —¿Que tiene tres orejas? No diga usted más; su niño de usted es un fenómeno.

COSAS «DE LA TIERRA»

EL BALNEARIO FAMOSO

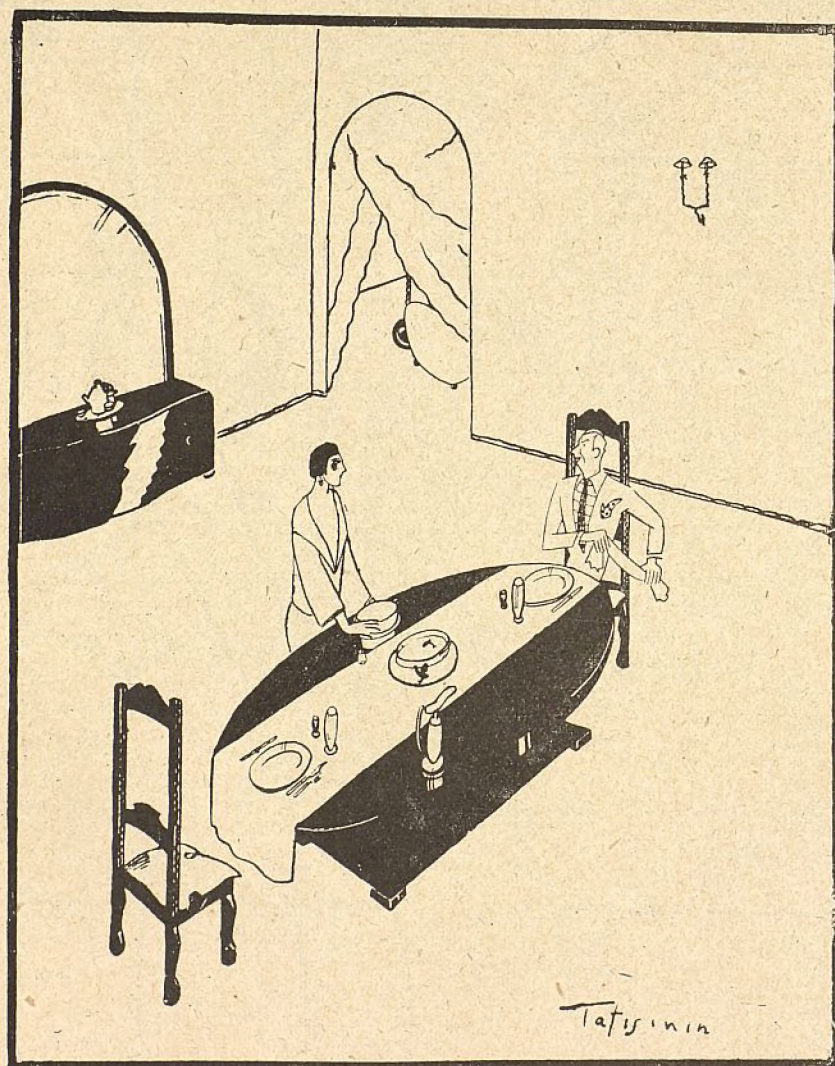
Don Joaquín Cidoncha, jefe de sección en una casa de Banca, viene padeciendo desde hace algunos meses las molestias que le origina su sistema nervioso, considerablemente alterado a

causa del trajín de la vida en general y de su vida en particular. El buen hombre no descansa ni le dejan descansar. Bien sabemos todos que la edad presente ha sido tachada de ver-

tiginosa, de frenética, de febril. El mundo—y España dentro de él—asemejase a una estación de empalme donde la gente come a escape, se atropella para buscar su vagón y va y viene con epiléptica furia de poseída y de acosada. Nadie sabe la hora que es. Todos tenemos mucha prisa. La radio, el teléfono automático, el automovilismo, la aviación, el párrafo corto, el cinematógrafo, las novelas breves, las cabelleras femeninas al rape, las faldas telegráficas, los comprimidos farmacéuticos, las expresiones apocopadas..., todo es laconismo, precipitación, tacañería, merma, rapidez, hambre de despachar pronto y afán de concluir a la carrera. La humanidad se atropella delirante, sin que surja en el cielo la porra imperativa y elemental que la obligue a detenerse.

El señor Cidoncha, dócil a las tiranías de su época, no conoció punto de reposo, y, consiguientemente, adquirió una neurosis de la mejor calidad. Su humor, antes borreguil, irritóse como el de un toro bravo. Tan pronto emitía en el Banco unas voces terribles porque las sumas no le salían bien como, al llegar a su domicilio, se tiraba al suelo, desesperado al saber que los filetes de aquel día eran del más puro cordobán. En unas semanas se le desprendieron de las carnes catorce kilogramos. Un temblor misterioso empezó a agitarle las piernas, lo mismo que si para él la vida, solemne y complicada, fuese una academia de "charlestón". Hablaba a solas por los pasillos. El rostro se le demacró adquiriendo la violácea sequedad de un racimo de pasas. Y, por las noches, le acometió la Gran Bestia Apocalíptica del Insomnio.

La familia, justamente alarmada, prodigó al paciente todos cuantos remedios hubo de aconsejarle su cariño y solicitud. Inútil porfía. Ni el veronal, ni la aspirina, ni los sellos de tal cosa, ni las cápsulas de tal otra lo aliviaron. El señor Cidoncha, en la obscuridad de la noche, aullaba lúgubremente, con los ojos desorbitados y el cabello de medusa. La mujer, llorosa, compró un cuadernito con las tablas de las cuatro reglas aritméti-



Dib. TAFIÑIN.—Madrid.

—Mira qué pastel más riquísimo me ha mandado Marga. Le voy a decir que me lo enseñe a hacer.

—No. Mejor es que te lo siga mandando.

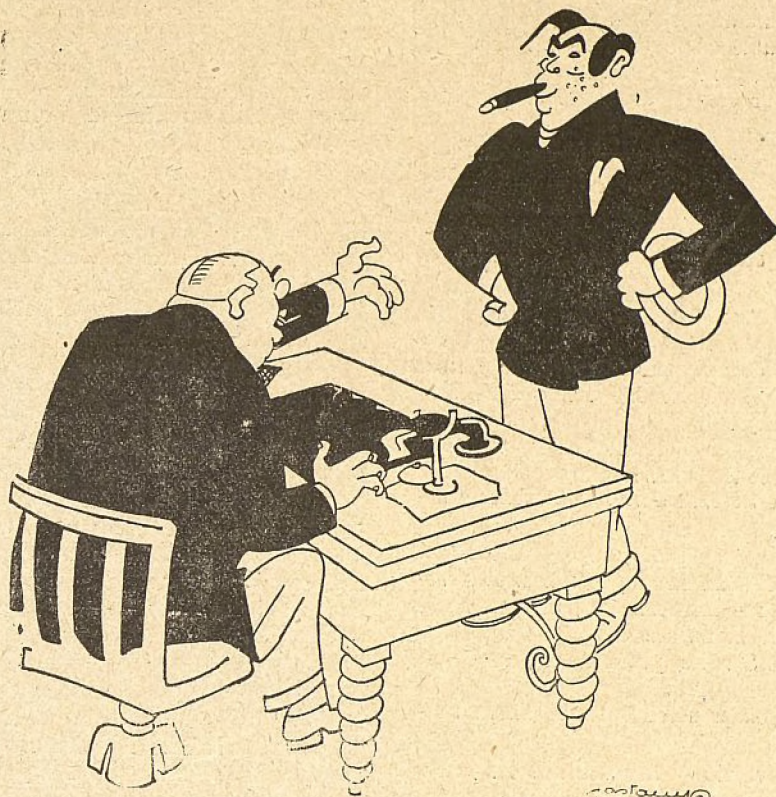
cas y, a la cabecera del lecho, se ponía a leerle la tabla de multiplicar. Estéril arbitrio. El hijo mayor, arreciando en la dosis, mercó por su parte un vocabulario nipón-alemán, y, sin tregua ni sosiego, le fué recitando página tras página. Idéntico fracaso. La cuñada intentó entonces combatir tan espantosa dolencia con la aplicación de lecturas de eficacia somnolienta, reconocida de antiguo por todos los ensayistas, como la Colección Rivadeneyra, la "Divina Comedia", traducida en verso por el conde de Cheste, "El paraíso perdido", "La Jerusalem libertada", y otras obras maestras de esas que se adquieren encuadradas para no abrirlas nunca. Pero el señor Cidoncha, víctima de tan piadosos experimentos, no sólo no conciliaba el sueño, sino que se enfadaba muchísimo. Por fin, se apeló al recurso heroico y extremo: consultar a un especialista. Y el doctor, después de cobrar cuarenta duros por diez minutos de charla en "camelo", envió al señor Cidoncha a un balneario famoso. Un balneario famoso donde, mediante cierto sistema hidroterápico, severo y cabal, se aliviaban radicalmente los desequilibrios nerviosos y las anomalías cerebrales.

Allá se marchó, pues, decidido a aprovechar sus dos semanas de vacaciones para que las virtudes curativas de duchas y baños le permitieran dormir.

Hecho el oportuno cálculo, cada noche iba a costarle un buen puñado de duros. ¡Qué importaba! El hombre iba, radiante, y en el momento de arrancar el tren—nueve y veintidós de la mañana—, dibujó una sonrisa, la primera al cabo de mucho tiempo, que le iluminó el rostro como una bengala.

Hoy la familia acaba de recibir el telegrama siguiente: "Llegué sin novedad, casi durmiéndome de gusto, porque pensaba aprender a dormir. Encuéntrame con la estafa de que el pueblo de este balneario principia fiestas septiembre. Gaitas, organillos, cohetes, tamboriles, resuenan infernalmente hasta madrugada. Son muchas gaitas. Revólver en mano, pido factura y ordeno transporte maletas. Huyo camino del Polo Norte. Tened misericordia pobre español que no hizo daño a nadie y girad fondos"...

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. CASTANYS.—Barcelona.

—Me gustaría saber qué opina usted respecto a mi persona.
—Hombre... prefiero decirselo por teléfono.

UN NOMBRE PROVIDENCIAL

El hombre de la butaca de enfrente se volvió lentamente y me clavó una mirada azul de frío desprecio.

"Tiene usted risa de tranvía"—dijo.

Me dejó seco. Yo soy de muy buena fe en el teatro, y en esas chuscas situaciones que surgen en los dramas, no puedo contenerme. Varias veces me lo han reprochado mis vecinos de localidad, pero juro que nunca he podido evitarlo. Tampoco me molesta que me lo adviertan correctamente. Sin embargo, el aire de superioridad y la comparación tranviaria me mortificaron extraordinariamente. Protesté:

—Hombre, explíquese usted... Yo no puedo consentir... mi risa... (noté con desesperación que me azaraba, y dije rápidamente): Caballero, yo soy accionista de Autobuses. Esa compa-

ración de mi risa es indelicada. Exijo que se explique.

Se volvió de nuevo y me dijo:

—No he querido ofender a la Sociedad General. Los tranvías son antipáticos y mal intencionados. Por eso se rien desagradablemente cuando nos molestan retemblando en las curvas.

Era una explicación. Sin embargo, su voz cortante y fría como "Gillette" en enero, me molestaba. Además, aunque quedaba a salvo la Sociedad de Autobuses, mi risa seguía malparada.

Yo quiero justificarme. No tengo mujer ni hijos; vivo lejos de mi familia. En este caso mis actos son mis hijos; yo he leído en algún lado que el hombre son sus actos...

Me levanté y le dije:

—Caballero: no pretenda embarcarme... embancarme... ¡jembancarme...

me!! con sus necias palabras. Usted ha ofendido a mi risa. Mi risa es tan respetable como yo mismo... Hubiera seguido, pero él silbó:

—Por eso—y me cortó el hilo con su voz de cuchilla.

—¿Cómo? ¿Qué?—quise seguir, pero ya no sabía en qué iba. Me enfurecí.

—¡Salga usted a la calle! ¡Venga usted conmigo!—grité rojo como una cereza.

El teatro estaba—¡oh, asombro!—lleno y el imponente siseo ahogó, no ya el drama, sino mis propios gritos. Un acomodador me obligó a sentarme. Dije:

—Este caballero me ha insultado.

—¡Ssh! ¡Sssh!—mugió el hombre de los botones dorados—. Siéntese usted, o a la calle.

Me senté, pero la ira y la función exacerbaban mi hipocondría. Los vecinos me miraban burlones. El hombre de la butaca de enfrente, dejaba oír una risita provocativa. Le interpele de nuevo:

—¡Salga usted conmigo ahora mismo!

Se volvió, y distendiendo los labios en lo que él suponía que era una sonrisa, dijo con voz meliflua:

—Usted me perdonará, joven, tengo que ver en qué para esto.—Adoptó un tonillo protector—. ¿Por qué no escucha usted? ¿No le gusta el drama?

Sus dientes amarillos, inmensos y desiguales bailaban alegres en sus alvéolos de verdín.

Me cegué.

—El drama es detestable—grité—. Opino que no he visto nada tan malo ni tan imbécil... como no sea su autor.

Creo que estalló un escándalo en el teatro, creo que me gritaron: ¡a la calle!, pero no lo sé... no lo puedo asegurar.

Sólo sé que el hombre de la butaca de delante, dejó de reír de golpe, que

sus dientes quedaron rígidos, protuberantes, amenazadores, bajo su costra de suciedad; que las pupilas azules se inyectaron de rojo, y que de su garganta salió un rugir hirviente.

—¡Grrrr!... entonces—dijo con voz ronca—¡Yo soy el autor! Y empezó a levantarse, a salir de su butaca.

Y ante mis ojos aterrados comenzó a desarrollarse una chaqueta a cuadros y rombos, inmensa; unos brazos larguísimo; unas manos de monstruo, velludas, unguiculadas, con hierros como garfios...

El escenario desapareció del todo tras el paisaje a cuadros de sus hombros inacabables. Me acurruqué temblando... mi fin próximo era inevitable.

El monstruo estaba ya sobre mí. No veía más que cuadros y rombos. Había cuatro rombos en cada cuadro... empecé a contar los cuadros para calcular cuántos rombos había... temblaba...

—¡Grrrr!...

El rugido bajado de la inmensidad del éter, más allá de donde acababan los cuadros, me hizo reaccionar. Con un alarido de terror me lancé por el pasillo de butacas; derribé un portero... El autor corrió detrás de mí.

Salí a la calle y en dos zancadas estaba en la del Arenal, buscando un "taxi". Mi miedo me obligaba a comer hasta ese disparate.

Pero no pude cogerlo; los cuadros y rombos aparecieron en la puerta de Eslava y se lanzaron calle abajo. Corrí. Corrimos los dos.

A la una y cinco pasamos delante de Gobernación. A la una y cuarto estaba otra vez en la Puerta del Sol, de vuelta del Hipódromo. Sudaba, pero había observado que el autor a rombos no era rápido corriendo. Pensé cansarle.

Corrí Carmen arriba. Los resoplidos de la fiera me empujaban por la espalda... La Gran Vía... Tomé por los derribos, el monstruo estaba cerca...

Salté un montón de escombros, otro de maderas...

Había dos grandes montones de vigas y corrí entre ellos. El pasillo estrechaba... ¡¡Horror!!... ¡¡No había salida!!

Volví atrás como loco... El monstruo enfilaba la entrada ¡¡Estaba perdido!! Retrocedí hasta el fondo del callejón. La luna lo iluminaba extrañamente.

El hombre de la butaca de enfrente, se paró y se rió, y su risa sonó como mil tranvías no hubieran sonado aunque llevaran en sus entrañas a todos sus enemigos visibles. Remangóse lentamente y cogió una viga. Avanzó...; yo temblaba. Era mi última hora.

Levanté la mano y quise decirle que estaba solo, que no me asesinara... Mi voz sonó absurda y extraña. Dije:

—Ya estamos solos—y yo mismo me asusté de mi lúgubre acento. Repetí lentamente:

—Estamos solos—pero mi voz ya no me obedecía y volvió a sonar honda y fatídica...

Aterrado miré al monstruo. Había apoyado la viga en el suelo y me miraba de hito en hito. Estaba blanco.

Supuse que estaba enfermo y quise congraciármelo. Avancé un paso, pero el monstruo retrocedió rápidamente dos pasos y dijo:

—¡Eh, eh!, despacio "arrayo".

"Arrayo". ¡Era vascongado! ¡Pasano! Tal vez no me matara... Corrí a él. —"Euzkelduna"—grité esperanzado—. ¡Yo también soy vascongado! Me llamo Paulino Uz...

—¡Aaaaah!—dió un grito desgarrador, tiró la viga y huyó calle arriba. Me dejó atónito. Corrí detrás.

—¡Eh, amigo!—grité—, ¡páre! Yo también soy vascongado! ¡Me llamo Uztabarrena! ¡Paulino Uztabarrena!

Pero él ya no me oía. Subí a una de las pilas de vigas, y le ví correr por la Gran Vía desierta.

JOSÉ. R. DE EIZAGUIRRE



Para uso de los lectores de "Buen Humor" que vayan a la cárcel

NOTA IMPORTANTE: *Ramos de Castro me ha aludido en un artículo la semana pasada. Yo no le aludiría, pues la dirección de mi gran fábrica de churros de Sbadell apenas me deja tiempo para nada, si no fuera porque Ramos de Castro me ha calumniado. Ha dicho que me puede. Señores: Ramos de Castro es una birria con tirantes, abulta menos que diez céntimos de radium, y, cuando quiere pesarse, en lugar de hacerlo en una báscula, como todo el mundo, utiliza un "pesa-bebés". De manera que no le pego, porque me da pena. Por lo demás, si QUIERE ALGO, que acuda el martes, a las dos de la madrugada, al kilómetro 31 de la carretera de Extremadura. Yo le esperaré allí con dos amigos, y si se pone tonto, le quitaremos el reloj y el alfiler de corbata. He dicho.*

Tratemos hoy de un asunto que probablemente ni me interesa a mí ni interesará a los lectores. Esto siempre resulta original y no deja de ser divertido.

Digo que tal vez no interesará ni a ustedes ni a mí, porque para que nos interesase, era preciso que ustedes y yo estuviésemos encerrados en la cárcel, cosa que me decido a pensar que no ha sucedido todavía.

Pero nadie puede decir "Del agua de Mondariz no beberé", como reza un sabio refrán, y, así, nada tendría de particular que amaneciese por Oriente un día en que los lectores o yo, o todos a la vez, estuviésemos encerrados en el penal del Dueso.

Y entonces ¡ah, entonces!, el asunto que hoy vamos a tratar nos interesaría extraordinariamente.

Es el caso, lectores de mi pericardio, que, después de plúmbeas lecturas y de intensas meditaciones, he aprendido una gran verdad, y esta gran verdad es que todos los seres, ya masculinos ya femeninos, que por causas ajenas a su deseo van a parar al calabozo de una cárcel, distraen su encierro entonando tristes canciones, canciones tan poéticas como demulcentes.

En esas canciones se lamenta la libertad perdida y *El Imparcial* extrañado; se lamentan los rigores de la

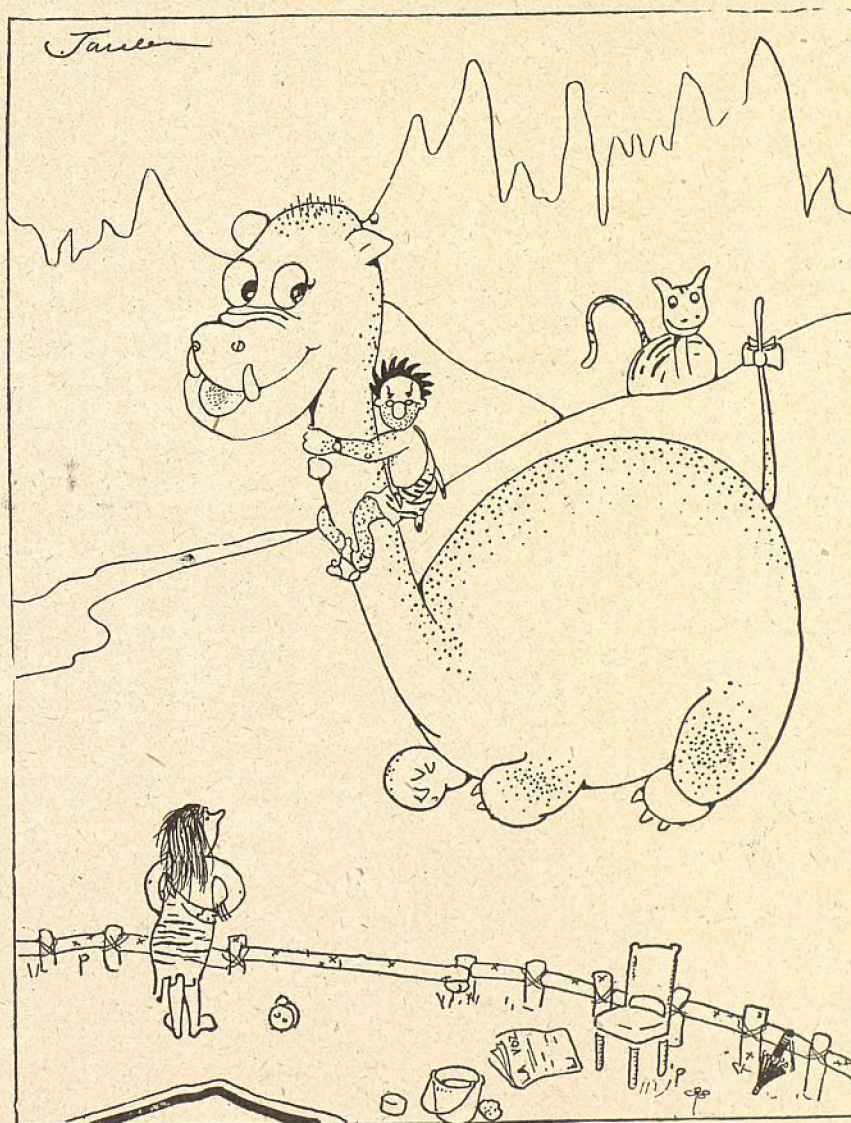
prisión, el mal genio del carcelero, la mala alimentación que se les da a los presos, etc., etc.

De que estas canciones se entonan nadie tendrá duda. Ahí están si no para demostrarlo, más de mil zarzuelas en las que el protagonista va a la cárcel y en cuanto entra en la maz-

morra se lía a cantar con acompañamiento de arpa y violines.

Y aquí de la cuestión. Si yo, o algún lector de BUEN HUMOR acabamos en la cárcel, ¿qué canción vamos a cantar allí? ¿A que ninguno de ustedes ha pensado en ello?

Sin embargo, no es cosa de empezar



Dib. TAULER.—Madrid.

—No te asustes, Nicasia, que es un perrito faldero que te traigo de regalo.

a berrear el pasodoble microbiano de *La Calesera*. Eso valdría tanto como matar al carcelero de idiotez concentrada. No. Es preciso llevar a la cárcel bien aprendida una canción a propósito.

Y este es el hueco que yo he pensado llenar.

Después de consultar cancioneros carcelarios, y después de torturarme el cerebro, he inventado tres canciones que pueden tener un éxito delirante. No hay quien las iguale.

Ruego, pues, a los lectores que se las aprendan bien, por lo que pudiera ocurrir, y que les pongan la música que más les guste.

Y si no se les ocurre la música, escribanla a Jacinto Guerrero, Alberto Aguilera, 34, que él lo hará por ustedes con mucho gusto. Con mucho gusto y con bastantes bemoles.

CANCIÓN PARA USO DE LOS QUE VAYAN A LA CÁRCEL

Primer modelo.

Desde el martes por la tarde (1)

(1) O desde el lunes, o desde el viernes... En fin, eso depende del día que los encierren a ustedes.

gimo en oscura prisión
en la cual hago yo alarde
de mi desesperación.

El tiempo todo lo borra,
mas en esta atroz mazmorra
hay letreros por doquier,
sin que los años que corren
ni los manchen ni los borren.
¿cómo lo iba a suponer?

Mazmorra,
triste mazmorra:
yo te juro que en Andorra
estaré mejor que aquí...

Calabozo,
miserable calabozo:
¡ay, Jesús, como sollozo
por estar lejos de ti!...
¡Pirripí! ¡Pirripí!... ¡Pirripití!

Gracias; muchas gracias. No esperaba tanto éxito, lo confieso. En fin, sigamos.

Segundo modelo.

Aquí dentro
no estoy en mi centro.
El infame que aquí me encerrara
¡ojalá que se vea en el acto
más putrefacto
que los Siete Infantitos de Lara!



Dib. SÉRVULO.

—¡Mamá, mamá, Juanito se ha ahogado!
—¡Ya me lo temía yo, porque no sabía nadar!
—No es eso. Es que se ha tragado los diez céntimos que le diste.

¡Ay, lara, lara, lara!

Si no me fugo
soy un besugo,
si no me escapo
merezco un lapo.
Pero, ¿por dónde voy a fugarme?
Pero, ¿por dónde voy a escaparme?
¿Cómo salir de esta prisión,
si la ventana,
alta y lejana, [gón?...
tiene más barras que el escudo de Ara-
Y si no hay solución por la ventana,
¿cuál es la solución?
¡La solución, mañana!

Y al día siguiente se puede decir lo mismo, y al otro, igual, y se está uno preso, tan ricamente, diez o doce años.

Tercer modelo.

Soy prisionero, soy prisionero,
soy prisionero, soy prisionero,
soy prisionero, ¡soy prisionero!... (1)
Pero me aburro como un percebe,
como una ostra, como un cangrejo
y si a salvarme nadie se atreve
voy a diñarla de puro viejo
con el entrecejo
blanco cual la nieve.
¡Cual la nieve de los Cárpatos,
cual la nieve de los Alpes,
cual la nieve de los Piri
Pirineos catalanes!
¡Soy prisionero! ¡Sino fatal!
¡Anda y menos mal
que al final de mes
viene un peluquero
que me pela al cero
y me afeita al biés!
Y lo que más siento
es lo bruto que es...
¡Porque lo es más que un bauprés!
¡Taca tacatá,
taca, tacatín!
¡Chimba, chimbachá,
chimba, chimbachín!

Este ruido debe hacerse frotando una lima contra los barrotes de la ventana, y, gracias a esas palabras, que pertenecen a la Magia Negra, se verá que los barrotes no tardan en ser cortados, facilitando la huida, vulgo escape.

Y he acabado: No aspiro, señores, ni siquiera al agradecimiento de ustedes. Conozco el mundo; yo favorezco a mis semejantes únicamente arrasado por la bondad de chantilly de mi alma.

Soy así.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(1) Se repite hasta el convencimiento.



UNA MISIVA EXTRAÑA

por LOUIS CLAREDE

—De manera—dijo Feuillade—que tú no entendías la carta.

—No. No la entendía—repuso Hemard—porque mis abuelos lucharon en la guerra del 70 y en casa se ha respirado siempre tanto odio hacia Alemania que nadie pensó nunca en que yo aprendiese el alemán.

—Es justo.

Al recibir aquella carta, fechada en Dusseldorf, redactada en alemán y algo oliente a cerveza, me quedé estupefacto. Luego me enfurecí contra mí mismo. ¡No poder traducirla! Finalmente, tuve una idea y me fui a ver a un señor que por haber vivido ocho años en Colonia, conocía el alemán perfectamente.

—¡Ah, ah, muy bien pensado! Y el señor te la traduciría y...

—No estaba en casa. Tuve que esperarle. Cuando llegó y supo lo que yo pretendía abrió el rostro en una sonrisa. “¡No faltaba más!—me dijo—. Yo se la traduciré de cabo a rabo.” Se puso sus lentes, paseó una mirada por la carta, frunció el ceño y me la devolvió con rudeza. “¡Tome!—gruñó—¡Vaya usted a burlarse de otra persona!”

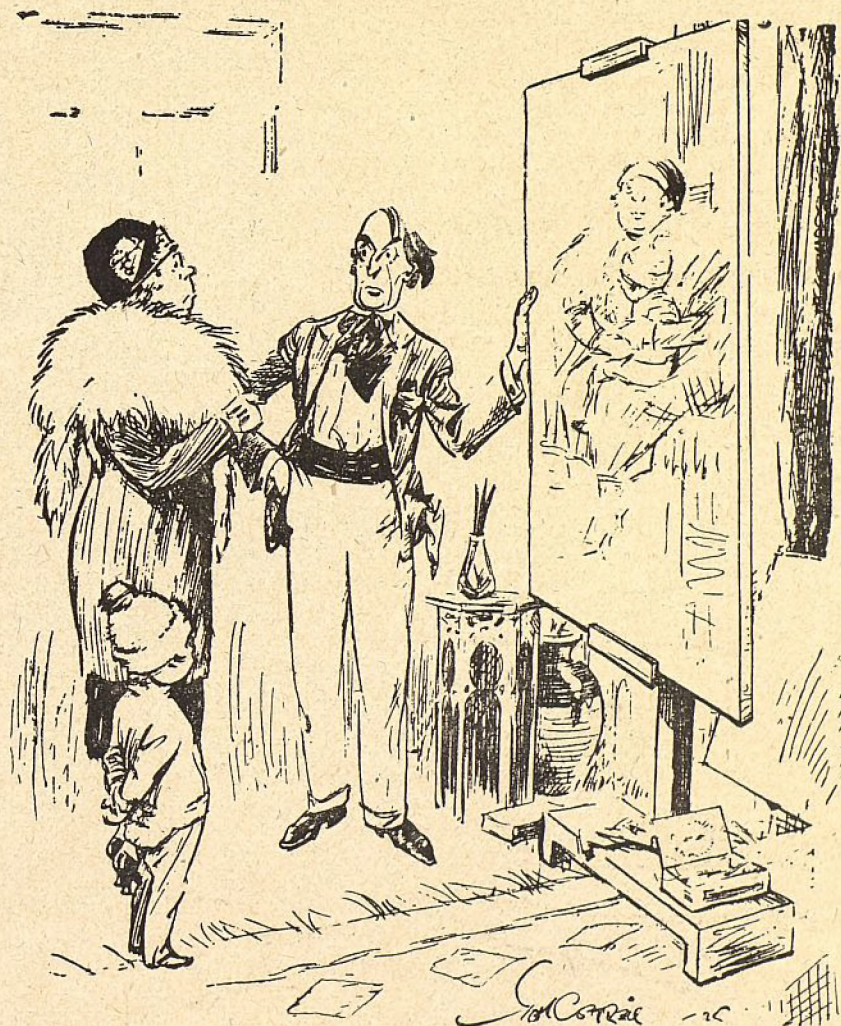
—¡Diablo!

—Tuve que irme con la carta en el bolsillo. ¿Qué podría decir en aquel papel que así había molestado a mi amigo? Mi curiosidad creció tres palmos. Desde allí me dirigí al domicilio de Albert Permoye, el antiguo compañero de colegio a quien más quiero, que es un políglota notable. Lo hallé traduciendo un manuscrito latino. Me recibió con los brazos abiertos. “Mira, se trata de que me digas lo que pone en esta carta que he recibido de Dusseldorf—le advertí.” “¡Ah, muy bien!—me repuso cordialísimo—. Trae acá.” Le di la carta. La leyó mentalmente. Al acabar, sus ojos echaban chispas. Arrugó la carta entre sus dedos crispados y me la lanzó al rostro, como un guante: “Vete—ru-

gió extendiendo su mano hacia la puerta—¡Vete con esa carta asquerosa!” Y no ha vuelto a mirarme a la cara.

—¡Caramba!—comentó asombrado Feuillade.

—Visité diez conocidos más que sabían el alemán y en todas partes se



—Señora, la inclusión del niño significa un extra de quinientas pesetas en el precio del retrato.

—Pero, ¿cómo? ¿Se atreve usted a pedirme un extra teniendo al chico sobre mis rodillas?

De The Passing Show.—Londres.

repetía la escena. Antes de leer la carta me trataban con afecto y cortesía. Después de leerla mentalmente, me arrojaban a puntapiés, y en medio de los insultos más feroces.

—¿Pero qué decía la carta?

—Fuí entonces a una Agencia que se anunciaba en los periódicos, la cual se dedicaba a la traducción y copia de toda clase de documentos. Un empleado cogió la carta; la leyó para sí y me lanzó una mirada de indescriptible asco. “¡Qué moralidad!—gritó—. Me dan ganas de denunciarle a usted”. En seguida desapareció en el interior del local y volvió al rato seguido del Director y de varios empleados, con la ayuda de los cuales me tiró por las escaleras. Después, y hecha una bola, me arrojaron la carta.

—¿Pero es incomprensible!

—Me decidí entonces a rogarle a mi socio Herbert que me tradujera el escrito, advirtiéndole antes lo que me venía sucediendo con la carta y la inocencia en que yo estaba, respecto a su contenido.

Herbert es uno de esos hombres que saben hacerse cargo de las cosas. “Trae, compañero—me dijo—. Yo te

diré lo que ahí está escrito, aunque sea el desatino de los desatinos.” Le di la carta, la leyó mentalmente, como todos, y me dió un puñetazo en el cráneo. Nuestra sociedad se deshizo desde aquel mismo día y Hebert, cuando pasa a mi lado, escupe en señal de repugnancia...

—¡Por Cristo! Pero, ¿qué decía la carta?

—Mi desesperación era infinita, porque no conseguía saberlo. Me agarró el insomnio, adelgacé y pronto fuí por las calles como un triste espectro. Pasaron dos años. La carta, arrugada y profanada, yacía en uno de mis bolsillos y yo sentía la sensación, cuando mi mano tropezaba con ella, de que me abrasaba los dedos. Un día...

—¿Qué?

—Un día recibí un telegrama de mi padre. Decía así: “Llegaré en el expreso.” Mi padre, querido Feuillade, lo ha ocultado siempre, pero conoce el alemán... Bajé a la estación dos horas antes de la llegada del tren. Mi excitación nerviosa era tal que para encender el cigarrillo tenía que cogerme una mano con otra, porque si no,

no conseguía aproximar lo bastante la llama... Llegó el tren. Bajó mi padre. Nos abrazamos estrechamente después de una ausencia de cuatro años. El quiso informarse de la marcha de mis negocios, pero yo no le dejé hablar. Le conté la historia de la carta alemana con más detalles que te la estoy contando a ti. Por último le dije: “Padre: la carta debe decir algo horrendo, pero, ¡por Dios!, dime lo que es. Dime lo que es aunque luego me arrojes de tu lado y me desheredes. ¡Dime lo que es o habrás contribuido al suicidio de tu hijo! ¡Mira, padre, que ya no puedo más!...”

—¿Y tu padre?

—Mi padre sonrió como cuando yo, de niño, le hacía alguna pregunta ingenua, y me repuso: “Ten confianza en mí, hijo mío; haría lo imposible por evitarte tanto sufrimiento. Trae la carta. Te prometo traducírtela con toda exactitud.”

—¿Y entonces?

—Entonces le abracé y eché mano al bolsillo para darle la carta. Pero la carta se me había perdido.

P. P. y W.

CHISTES DE TODO EL MUNDO

ELLA.—En este periódico dice, que uno de Nueva York ha regalado a su mujer un collar de diamantes. Jamás he tenido yo esa suerte.

EL.—En este dice que uno de Chicago le saltó un ojo a su mujer. Tampoco has tenido esa desgracia.

De Pilot.

ELLA.—¡Ah! tienes un perro. Yo creí que no te gustaban los perros.

EL.—No, no me gustan, pero mi mujer ha comprado un lote de jabón para perros, en un saldo...

Hollywood Magazine.

—¿Ha vuelto su hijo de la escuela de Agricultura? Seguramente allí se habrá hecho un buen agricultor.

—Por una parte sí. Pero tengo el temor de que sus métodos sean muy complicados. Por ejemplo; cuando le mando a una dehesa para que me diga cuantos corderos hay, cuenta el número de patas y divide por cuatro.

De Popular Science.

—He visto entrar en tu casa al doctor. Supongo que no se tratará de nada serio.

—¡Sí, muy serio! Ha venido a cobrar la cuenta.

De Pêle Mêle, París.

—Esa mujer cantaba en otros tiempos en la jaula de un león.

—Y ahora, ¿está retirada?

—Sí, porque le prohibió la Sociedad protectora de animales.

De Northern Daily Telegraph.

—Parece que estás triste.

—Sí. El doctor le ha dicho a mi

Es una producción de

OROCREMA
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

ÚSELO Vd!
Es el mejor tratado de belleza de la piel

LOS PERFUMES DE TASARA

BADALONA



EL VELLO

DESAPARECE RADICALMENTE SIN DEPILATORIO

sólo en tres minutos con una aplicación de

DORADINA

combinación científica de Sales de Radio disueltas en Glicerina que destruye la raíz del pelo sin molestia y sin irritar.

La DORADINA es superior a todos los depilatorios conocidos (pastas, polvos, aguas).— Infinitamente más cómoda y económica que la depilación eléctrica.

— No mancha ni despiden mal olor y se aplica con facilidad y discreción.

— Con su empleo el vello desaparece para siempre quedando la piel blanca y fina.

La DORADINA se vende en todas las Perfumerías y Droguerías al Precio de Ptas. 12'50 el frasco.— Se manda discretamente certificada contra reembolso por Ptas. 14'— pidiéndola a FRANCIS EUROPE, Via Layetana, 21.— Barcelona.



INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos a su
color primitivo a los quince
dias de darse una loción diaria
con el Agua Colonia "LA CAR-
MELA" no mancha la piel ni
a ropa, pudiéndose emplear
como perfume en los usos do-
mesticos; su acción es debida
al oxígeno del aire, por lo que
constituye una novedad; su
aplicación se hace con la mano.

venta todas partes, y autor N. Ló-
pez Caro. Santiago, y Sucursal de
Barcelona, Caspe 32, donde se diri-
girá la correspondencia. Isla de Cu-
ba, pídase con el nombre de Agua
de Colonia del profesor N. Lopez
Caro, Republica Argentina, en todas
partes. ¡Ojo! Cuidado con las imi-
taciones y falsificaciones.



El chico.—¡Papá!, ¡papá!. ahí está el ladrón.

El papá.—¡Cuántas veces te he dicho que no debes apuntar con el dedo...?

De The Humorist.—Londres.

mujer que se vaya al campo, y si
me ve contento, no se va.

De Karikaturen, Oslo.

—He perdido, mi mejor amiga.

—¿Se ha muerto?

—No; me he casado con ella.

De Ulk, Berlín.

—No puedo vivir con 30.000 coro-
nas de renta al año.

—¡No lo creo!

—Pues es muy sencillo. ¡No tengo
más que 8.000!

Vikingen, Oslo.

El Profesor: Recuerda siempre que
es mejor dar que recibir.

El Alumno: Mi padre dice que esa
es su máxima.

El Profesor: ¿Qué es tu padre?

El Alumno: ¡Pugilista!

De Fliegende Blaetter, Munich.

A man was charged with having
stolen three quarters of a cwt. of lead.

"Have you anything to say in your
defence?" asked the judge.

"Yes. I did it in a moment of weak-
ness," was the reply.

De BUEN HUMOR, Madrid.

(Publicado en The Passing Show.)

Londres.

Su amiga más íntima ha venido al
término y le está hablando de un intento de
robo que ha tenido en su casa.

—Sí—dice—oí un ruido, me levanté
y vi debajo de la cama los pies de un
hombre.

—¡Dios mío!—dijo la amiga—¿los
pies del ladrón?

—No—contestó la otra—los de mi
marido. También había oído el ruido.

De Tatler, Londres.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo. si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

El colmo de un betunero:
Sacar brillo a una bota de vino con el cepillo de una iglesia.

E. P.—Lorca.

—¿En qué se parece el techo de la Mezquita de Córdoba a la música?

—En que es *arte-sonado*.
Consuelito.—Barcelona.

Diferencia entre un besugo asado a la parrilla, expuesto en el escaparate de un *restaurant*, y la plaza de toros de Carabanchel:

Que la plaza es Vista Alegre y el besugo *vista triste*.

Bonifacio Soria y Marco.
Madrid.

—La primera vez que fumaste te dolería la cabeza.

—¡Cá! ¡Me dolió todo el cuerpo!

—¡Qué raro!

—¡Es que no puedes figurarte la paliza que me dió mi padre!

M. S. A.

—¿Cuál es el colmo de una cocinera de postín?

—Ponerse guantes para mondar las patatas.

J. Crespo.—Madrid.

Un médico visita a un coronel de Artillería que está enfermo.

El médico.—¡Vamos a ver! ¿Qué tal andamos de pulso?

El coronel.—¡Muy bien!

¡Siempre he ganado los primeros premios!

Risca.—Málaga.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre amigos:

—Francamente, chico, ¿no te parece que tu mujer se pinta demasiado?

—¡Como que en dos años que llevamos casados todavía no la he visto la cara!

Luysin.—Estación Baeza.

Entre distinguidos ladrones:

—En una ocasión te prendieron por sospechar que habías robado una joya de oro. ¿Se probó al fin tu inocencia?

—Ya lo creo. Era falsa.

Antón Arnold.—Barcelona.

El señor (enfurecido).—¿Por qué no me despertó esta mañana a las ocho como te ordené?

El criado (hecho un taco).—Verá usted..., yo fui a despertarle..., pero como lo encontré dormido, no me atreví...

Quique.—La Coruña.

Un mozo de cuerda entra en una zapatería.

—Quiero unas botas fuertes.

—¿Qué número tiene usted?

—¡Pero, hombre, si las botas no las quiero para la cabeza, las quiero para los pies!

A. S.—Madrid.

¿En qué te pareces tú, querido lector, cuando estás constipado, a un jardín florido?

Pues sencillamente en que *ties-tos*.

V. de Castro.—Puente de Vallecas.

Una mujer decía a su marido que estaba agonizando:

—¡Cuánto siento que no me veas vestida de luto!

—¡Y yo también!—contestó el moribundo.

Luis Arenas.—Madrid.

—¿En qué se parecen un proyectil, una bujía, un pueblo, una licencia para comer carne y este chiste?

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

VAJILLAS CRISTALERIA

Aparatos para luz eléctrica



SANZ



Gran surtido en artículos para regalos

Espoz y Mina, 40 (esquina a la Plaza del Angel) MADRID



¡Enfermos de la vista!

NO MAS MIOPE, PRESBITAS NI VISTAS DEBILES

Con solo friccionarse en las sienes con el maravilloso producto italiano, de fama mundial LOIDU, evitareis el uso de los lentes y adquirireis una envidiable vista, incluso las personas septuagenarias. Pedid hoy mismo el interesante libro gratis. Depósito general: Ugo Marone. Piazzeta Falcone, número 1, (Vomero). NAPOLI (Italia.)

AGENTE DE PUBLICIDAD PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

—En que el proyectil es bala; la bujía, vela; el pueblo, Vila; la licencia, bula, y este chiste, bola.

J. Iñz.—Monforte de Lemos.

En la barbería.
El cliente.—Desde que Seve-

ro te dejó a deber aquellas pesetas, no le he vuelto a ver por aquí. ¿Dónde se afeitará?

El maestro.—No sé, chico. Y me extraña que no venga, pues ya sabe él muy bien que no me gusta apurar demasiado.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

asegurarlos con una buena cadena.

Un intruso.

A la salida de una casa de juego.

—¿Cómo te ha ido?

—Adivinalo.

—¿Has perdido?

—No.

—Pues entonces has ganado.

—¡Caramba! ¿Quién te lo ha dicho?

Amelia L. de Medrano.
Madrid.

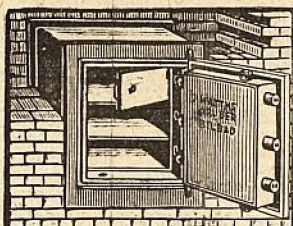
En la pescadería:

—Esta merluza no está fresca.

—Pues, hija, entre el hielo ha estado.

—Entonces no estará fresco el hielo.

Masto.—Madrid.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos.

• Pedir catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

—¿Está preparado el viaje?

—Una cosa falta sólo

poner en el equipaje.

—¿El qué? —Pues ¡Lícor del
[Polo!

—¿Buscas un cajero? ¡Me choca! ¿No hace dos semanas que tomaste uno?

—Pues a ese precisamente es al que busco...

Benjamín López.—Madrid.

—¿En qué se parece un perro de presa a un reloj de oro y brillantes?

—En que a los dos hay que

HERNIAS
Bragueros científicamente
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

CUPON

correspondiente al núm. 253 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Entre amigos:

Cuando me siento enfermo acudo en el acto al médico. Los médicos tienen que vivir. Y luego, con la receta, me voy a una farmacia. Los farmacéuticos tienen que vivir. Y cuando vuelvo a casa, tiro el remedio al cajón de la basura.

—¿Y por qué haces eso?

—Porque yo también tengo que vivir.

Pedrucho.—Zaragoza.

Revista de campamento.

—¿Cuándo se ha quedado usted sin tienda?

—Ayer, en la contienda.

Juan Larraza Sil.—Orduña.

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor Selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que



quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades: Loción cutánea contra arrugas, granos etc., Cremas y polvos

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Buenos Aires, don Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



De Vera. Melilla.—Uno de los trabajos es de los que corren peligro en el Negociado de la censura gubernativa. Y el otro es un cuento viejo que, aunque esa censura lo dejaría pasar, la nuestra, que también es severa a veces, no le deja.

E. Z. T. Madrid.

¿Con que es tan guapa Lucía que a los transeúntes para?
¡Y yo que no lo sabía siendo una cosa tan clara!
¡Si seré idiota!...

¡Bueno, y usted también, para qué vamos a andarnos con disimulos ni tonterías!...

Mínimus.—Tendrá usted el igneo placer de ver publicados sus versos el día que menos lo espere.

¿Se puede?—Si se marcha usted en seguida, sí.

M. G. Melilla.—Su *Recuerdo a mi chiquitina* no puede publicarse porque es más serio que un ajo. Y le recordamos a usted también que no se devuelven los originales, aunque esto sea motivo para que nos dedique usted otro ajo todavía más serio que el citado.

Ponce. Huelva.

Si los besugos mandasen en vez de mandar los hombres, serías emperador.
¡Éto es viejo, amable Ponce!

F. C. Zaragoza.—A las innumerables calabazas que confiesa usted en su artículo haber recibido, tiene usted que añadir, por desgracia, las que nosotros nos vemos obligados a darle a usted hoy.

Es sensible y tremebundo, pero crea usted que no hemos tenido más remedio.

A. L. Madrid.—No ha tenido usted fortuna en esta reaparición. Le hemos echado de menos alguna vez, pero no esperábamos que al cabo de tanto tiempo se descolgase usted con una cosilla tan livianamente in-

significante como la que nos ocupa. En usted está el enmendarse, que nosotros aquí estamos con el mismo buen deseo de siempre.

Bande. Ferrol.

Ilustre colega Bande: no me ha gustado su *Infolio*. Es una sandez, más grande que el romano Capitolio.

Mejorye. Barcelona.—Señorita de nuestra alma: jamás nos perdonaríamos que por una brutal incomprensión nuestra, perdiésemos una lectora tan antigua y tan jacarandosa como usted. ¡Eso, créanos, nos llevaría al extremo de tomarnos un veneno con patatas!... Ahora bien, si la lectora no queremos perderla ni a tiros, no es lógico que hagamos lo mismo con la poetisa. Ya usted nos comprende, ¿verdad?

¡Ah! La carta es muchísimo más graciosa que los versos. ¿Será que su camino literario está en la prosa vil? Sería cosa de verlo.

H. de C. Pamplona.—¿Con que usted es lector de BUEN HUMOR desde su fundación y ha aprendido usted de nosotros a hacer

cosas graciosas? ¡Pues nos está usted deshonrando sencillamente, porque si eso es lo que se aprende leyendo nuestra revista, más vale que reventemos todos!... ¡Usted el primero, como es natural!...

S. C. Vera. Málaga.—No podemos complacerle publicando sus *Ironías*. Se lo decimos sin ironía ninguna, porque todas están en el cesto.

A. M. M. Yeovil.—Ese pedazo de papel y las cuatro frases pitorescas que contiene, no nos sirven absolutamente para nada.

Vicentius. Madrid.—¡Vamos, hombre, todo llega!... Su último envío, a pesar de la sarcástica carta que le acompaña, ha sido aceptado para su publicación.

Echevarría. Madrid.

¿Con que te adora María y Luisa te adora más y a Inés la tienes *perdía*? Pero, bueno, Echevarría, habla claro. ¿Qué las das?

¿Es dinero por una casualidad?... ¡Porque a ese precio tengo yo media España, rapada

a lo *garçonne*, a mi completa *disposicionne*!...

Pando. Valladolid.

Por ese camino, Pando acabará rebuznando.

L. L. G. Tetuán.—El solemne comité de admisión de esta revista, en sesión plenaria, y vestidos todos sus individuos de negra etiqueta, ha acordado por mayoría de votos y con tres *voto a brios* en contra, la admisión de sus dos últimos trabajos.

A. M. A. Linares.—Es más malo que un vaso de carabaña tomado a traición.

Perico, Madrid

Es cosa que no me explico por qué es tan bruto Perico.

R. I. D. Sevilla.

Las cuartillas de R. I. D. la diñaron... ¡R. I. P...!

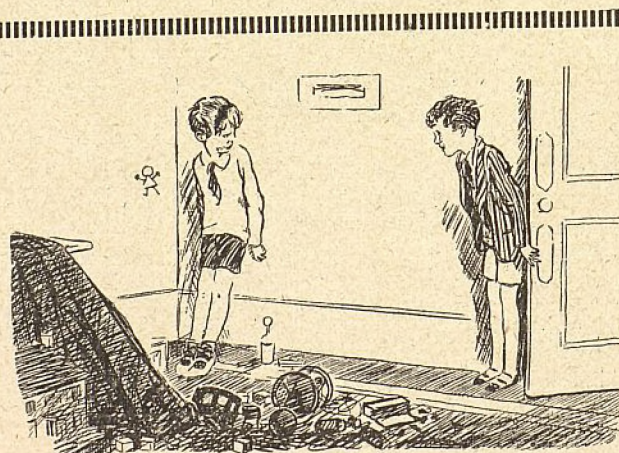
Marco de Aphorae. Villalba.—Aceptamos el cuento del poeta y repudiamos enérgicamente la ignominiosa narración cerdífera y veterinaria de la buena pipa.

R. E.-S. Madrid.—Se publicará su artículo, a pesar de la mala pata del asunto. Está bastante gracioso. Enhorabuena.

Wladimiro Kull. Valencia.—De tres cosas que tenemos a la vista, debidas a su suave pluma, la única que nos parece algo considerable ofrece el inconveniente morrocotudo de ser una leve imitación de esas encinurias desconcertantes que se extrae de la cabeza nuestro adorado colaborador Ramón Gómez de la Serna. Y como usted comprenderá, porque es usted muy listo, para hacer lo mismo que Ramón, ya tenemos a Ramón.

T. M. S. Soria.

No veas en esto ofensa, mas te digo lo que siento: eres un pobre jumento.
¡Si te molesté, dispensa!



—Pedro, mamá dice que no juegue contigo porque eres muy malo; pero yo soy tan bueno que tu puedes jugar conmigo.

De The Humorist.—Londres.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



LUNA DE MIEL Dib. DEL RÍO.--París.

—Oye, Matilde, ¿piensas en mí todo el día?
—¡Sí, Manolo; pero es que los días van alargándose tanto...!